

Una reforma vista desde fuera

(algunas hipótesis escenográficas)

VÍCTOR BLANCO FORNIELES

No es exagerado lo que afirman algunos politólogos y la mayoría de los priístas, en el sentido de que lo que le ocurre al PRI tiene impacto en el país entero, no en balde ha sido la estructura a través de la cual se ha ejercido la política de Estado y se ha articulado la titularidad del poder en México desde su fundación bajo la presidencia de Plutarco Elías Calles, hasta la fecha.

Por eso, el tema de la reforma del PRI es un tema de interés para propios y extraños, un motivo de reflexión tanto para quienes se encuentran en las filas del partido, cuanto para quienes fuera de ellas tiene interés en el proceso político nacional.

Lo primero que habría que decir es que el tema no es nuevo y que es recurrente; enseguida cabría la primera apreciación en el sentido de que ha producido más desilusión que entusiasmo. El último intento, en pleno sexenio salmista, capitaneado el partido por quien sería su primer candidato presidencial de este sexenio, encalló en los lodosos meandros y los agudos arrecifes, en esa acendrada cultura autoritaria de la que los priístas críticos hablan y acabó en mera parafemalia. Frente a ese antecedente tan próximo en el tiempo y teniendo presentes los resultados electorales del 21A uno se pregunta ¿cuáles son los inventivos que el partido en el poder podría tener para intentar una auténtica reforma que lo convirtiera en algo distinto a lo que ha sido durante los años de vida que tiene?

La respuesta a una pregunta como ésta no es evidente, por más que quienes sustentan hoy el discurso reformador, un discurso, por cierto, retomado de uno de los últimos actos partidistas multitudinarios encabezado por Luis Donaldo Colosio, tratan de formularla.

El discurso colosista de la Plaza de la República se concibió como el acto de campaña que serviría de trampolín para relanzar una campaña desangelada, sometida a presiones y tensiones internas y externas, que no había configurado fortaleza en el candidato oficial. En ese contexto hablar de separación entre el gobierno y el partido, hablar de democratización interna, hablar de militancia auténtica y comprometida tenían un importante papel estratégico: consolidar el liderazgo del candidato hacia dentro del partido; marcar distancia frente a una administración fuertemente cuestionada; renovar la promesa de lo que siempre se ha prometido: permeabilidad y cambio.

Después del homicidio de Lomas Taurinas y los avatares que produjo la designación del nuevo candidato, mantener el discurso de la reforma y la independencia, era también estratégico: aprovechar la aceptación brindada a Colosio a partir del discurso de la Plaza de la República y fungir como "heredero" del mártir, para poder construir una candidatura y una campaña en escasos meses.

Después de las elecciones de agosto el panorama podría leerse de muy distinta manera: en un proceso razonablemente competitivo, razonablemente limpio, se había obtenido un triunfo muy amplio, tanto en la elección presidencial, cuanto en las elecciones legislativas.

Puede pensarse que el insistir en la reforma del partido indica que la lectura del resultado electoral no ha sido simplista, sino que hay una verdadera preocupación hacia adentro del instituto político más importante del país y que la reforma va en serio.

No resulta fácil predecir si efectivamente la voluntad manifiesta de cambio, reiterada enfáticamente a raíz de la trágica muerte de José Francisco Ruiz Massieu, es tal que frente a ella no pueda ponerse dique que la frustre o la retrase, o si a fin de cuentas se hagan algunos cambios, para que nada cambie. ¿Perenitoria necesidad para sobrevivir o mero maquillaje rejuvenecedor?

La agenda del cambio

Por lo pronto existe una agenda claramente perfilada y antes de que termine el año seguramente se habrá

dado a conocer un programa muy concreto en el que, quizás, haya hasta etapas cronológicas del cambio.

Los ejes planteados por Jesús Reyes Heróles, coordinador de la Comisión Nacional de Ideología del PRI, vienen a sintetizar la agenda y son, al mismo tiempo, un diagnóstico puntual de los problemas que la hacen urgente:

- * Relaciones PRI gobierno.
- * Ideario político y programa.
- * Organización interna.

Efectivamente, en esos tres rubros puede resumirse la problemática que el PRI y, por ende, la nación entera enfrentan.

Mucho se ha hablado del impulso democratizador que la modernización económica trae consigo, pero también se ha dicho, en sentido contrario, que la modernización puede muy bien coexistir con estructuras políticas autoritarias y para muestra bastan sólo los modelos de los llamados tigres asiáticos, que han servido de parámetro para algunas de las reformas de la estructura económica y funcional de México.

Uno de los puntos torales del problema de la democracia en este país es, precisamente, la simbiosis en que se encuentran partido y gobierno, al grado de que el partido virtualmente desaparece cuando pasan periodos electorales y se desdibuja cuando la sucesión presidencial está definida, para reexpresarse a través de una estructura paralela al buró político formal, que se hace cargo de la campaña presidencial.

El proceso electoral de agosto adoleció de verdadera competitividad, fue inequitativo, sobre todo por el carácter gubernamental del PRI, hizo palpables los límites que la relación dependiente respecto del Presidente de la República le marcan al partido mismo.

Ese primer eje del planteamiento de reflexión en torno a la reforma interna del partido plantea una enorme cantidad de posibilidades, todas ellas con su carga problemática, todas ellas difíciles.

Ya ha ofrecido Ernesto Zedillo ser un priista en receso a partir del 1 de diciembre, lo que podría quizás considerarse como el primer paso indispensable para que la autonomía del partido realmente se pueda dar. Pero no es suficiente la oferta. ni siquiera el cumplimiento de la oferta por parte del Presidente de la República, tendrá que permear esa decisión en el resto de los operadores políticos imbricados en la administración pública, tanto federal como estatal, para que la remisión presidencial no sea cubierta eficaz y rápidamente por alguien más.

Me parece que son las vertientes principales en que este deslinde entre gobierno y PRI puede discurrir:

Autonomía de gestión y de decisión hacia adentro del partido, para lo que habrá de fortalecerse de manera importante su estructura interna; tendrá que generarse una dinámica propia que aparte al partido de los tiempos de la administración; será necesario abrir los canales de expresión interna de las distintas corrientes que existen hacia adentro y que, eventualmente, podrán disentir del gobierno. Esta es una vertiente que no puede explorarse sin la concomitante exploración de la democratización interna, ese tercer ámbito antes enunciado.

La otra vertiente es la independencia de los miembros del partido con cargos de representación en el Poder Legislativo, respecto del Ejecutivo. También pasa por la democratización interna.

Estas dos vertientes producirían situaciones inéditas frente a las que la vieja estructura del partido puede reaccionar de muy distintas maneras.

El segundo eje, el correspondiente al ideario político y al programa, resulta de la perspectiva histórica: el partido no ha tenido un desenvolvimiento lineal de su nicho ideológico, ni de su programa, sino a saltos (cuatrienales primero, sexenales después) que lo han hecho pasar de la izquierda, ala derecha, del anticlericalismo al contubernio con la iglesia, según sean las inclinaciones, los deseos y las necesidades del presidente en turno. Una reforma en este campo tendría que significar un núcleo ideológico y programático propio al que se ajustaran, no sin debate y pugna, los militantes que pretendieran la nominación a los cargos de elección.

El tercer eje, el de la organización interna, comprende una añeja aspiración de sectores importantes del priísmo: reconocimiento de la pluralidad y la disidencia y democracia en los procedimientos internos. El ensayo jalisciense del "no hay línea" se ha visto como un ejercicio real; pero también como una puesta en escena bien preparada y ensayada. Implica la eliminación del mecanismo que permite mantenerla disciplina interna, elemento crucial en torno al cual gira todo el sistema y su eficacia.

Algunos escenarios

La cantidad de variables que entran en juego produce un número considerable de combinaciones posibles difícil de sintetizar y hasta de prever, sin embargo podrían considerarse cuatro grandes alternativas dentro de las que se desarrollaran varias de las posibilidades, suponiendo en todos los casos estabilidad y un mínimo de orden.

Un primer escenario podría ser similar al que se ha producido ya en el pasado, es decir, una reforma sólo de palabra, con ligeros retoques en las formas y cambios menores en algunas estructuras. Sería ésta una alternativa en la línea del pragmatismo de corto alcance que no encuentra necesidad de cambios

reales en las circunstancias actuales. Para el país significaría aplazarla modernización política, incrementando los riesgos

de desbordamiento de fuerzas políticas insatisfechas.

También en la línea del pragmatismo, pero con mira más larga, encontraríamos una propuesta de cambio prevista a largo plazo, con etapas muy largas que fueran transitando hacia las nuevas muy pausadamente, siempre con la posibilidad de detener el proceso y sin perder, hasta mucho después, los hilos de control. Para el país esto significaría una mayor apertura democrática, pero sin llegar en el corto plazo a un sistema competitivo y moderno.

Una tercera alternativa sería una acelerada puesta en práctica de la reforma y, en especial de la desvinculación del Presidente de la República, que se viera como un debilitamiento de la figura presidencial, cubierto rápidamente por alguna otra instancia del Poder Ejecutivo Federal que ejerciera el control sobre el Poder Legislativo y sobre los estados y, en definitiva, sobre el partido mismo. Se haría abortar la reforma y para el siguiente sexenio o bien se mantendría una figura presidencial débil, con el control en otra instancia, o se recuperaría el control desde la presidencia. Para el país no habría cambios sustanciales respecto de lo que hoy se vive, aunque sí cierta inestabilidad.

El escenario ideal sería el de una reforma a fondo, pausada pero sin detenciones, en la que el grupo plural y democrático tomara el control del partido; se estableciera una relación de colaboración, pero razonada y con límites con el Poder Ejecutivo, que permitiera el ejercicio del Legislativo sobre el Ejecutivo; se fortalecieran las estructuras partidistas, la pluralidad y la democracia interna, preparándose el partido para una auténtica competencia electoral. Para el país esta alternativa significaría el tránsito franco hacia la modernización política, la rehabilitación real del Estado de Derecho y el fortalecimiento del sistema de partidos.

El escenario ideal requiere de un talentoso manejo político hacia adentro y hacia afuera del partido. Seguramente entre los militantes del PRI existe ese talento, es sólo cuestión de que se ponga en juego y la voluntad de cambio sea efectiva.